

## **Etnohistoria: ¿respuestas para tantas preguntas?** **(Una reflexión epistemológica sobre la etnohistoria)**

---

Horacio Bior Castillo\*

### **RESUMEN**

Durante las últimas décadas la etnohistoria, como disciplina puente entre la historia y la antropología, se ha ido consolidando en los círculos académicos internacionales. A este problema se suman una dimensión política y una dimensión ética, estrechamente relacionadas. En América Latina la dimensión política está referida a la creciente praxis académica de la etnohistoria que enfatiza el compromiso social del sujeto cognoscente y el papel de la disciplina en la descripción de fenómenos. La dimensión ética atañe al compromiso del sujeto cognoscente con las sociedades y/o fenómenos estudiados y a la finalidad misma de la reflexión etnohistórica. Este ensayo intenta una reflexión epistemológica sobre la especificidad de la etnohistoria como disciplina, la construcción de su conocimiento, el papel del etnohistoriador como sujeto cognoscente y las implicaciones éticas derivadas de este quehacer.

**Palabras clave:** antropología, ética, etnohistoria, historia

## **Ethnohistory: answers for so many questions?** **(An epistemological reflection on the Ethnohistory)**

### **ABSTRACT**

During the last decades, Ethnohistory, as a "bridge" discipline between History and Anthropology, has been consolidated in international academic circles. In addition, there are -closely related- a political and an ethic dimensions involved. In Latin America, political dimension refers to the ever-growing academic ethnohistorical praxis that makes emphasis on social compromise of cognoscente subject and the roll of the discipline in the description of phenomena. Ethical dimension concerns to the cognoscente subject's compromise with studied societies and phenomena. Also this dimension refers to the proper finality of the ethnohistorical thought. This essay attempts an epistemological reflection of Ethnohistory

as academic discipline, the construction of their knowledge, the roll of ethnohistorian as cognoscente subject and the ethical implications.

**Key words:** Anthropology, Ethics, Ethnohistory, History

### **0. ¿Para qué un trabajo como éste?**

Durante las tres o cuatro últimas décadas, la etnohistoria ha ido adquiriendo no sólo auge y consistencia, sino también un lugar propio dentro de las llamadas ciencias humanísticas y sociales.<sup>1</sup> En el sentido de su autonomía, se trata de una disciplina relativamente reciente, aunque otras muchas hayan realizado investigaciones o abordajes de corte etnohistórico. En algunos países existen asociaciones de etnohistoria, revistas especializadas, titulaciones de pre y postgrado y se promueven congresos, seminarios, publicaciones y otras actividades académicas. Sin embargo, cada vez más (casi proporcionalmente a su autonomía disciplinaria), la etnohistoria evoca una diversidad de enfoques. En pocas palabras, aún dista de estar claro qué es exactamente la etnohistoria.

Hace más de un cuarto de siglo, siendo todavía estudiante de primer año de la carrera universitaria,<sup>2</sup> cuando escuché inicialmente la palabra "etnohistoria" me cautivó lo que intuía que podía ser su quehacer. Dado mi múltiple interés por disciplinas hermanas como la historia, la antropología y la lingüística, algunas personas me recomendaron desde entonces que me dedicara a la etnohistoria. Era, decían, una disciplina interesante y prometedora.

Efectivamente, esa mágica disciplina me entusiasmaba debido a mi interés inicial por la lingüística, la sociolingüística y la filología y, además, por las conexiones que intuía entre éstas y la historia, la antropología y otras disciplinas humanísticas y sociales. Sin embargo, debo decir que mi frustración fue grande (en aquella época de tantas preguntas) porque nunca conseguí en los cursos de pregrado una definición clara de lo que era etnohistoria, ni de su

---

\* Investigador Asociado del Centro de Antropología "José María Cruxent" (IVIC). Profesor Asociado de la UCAB. Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Correo electrónico: [hbjord@reacciun.ve](mailto:hbjord@reacciun.ve)

1 Shepard Krech: "The state of ethnohistory", pp. 345-375, *Annual Review of Anthropology*, vol. 20, 1991

2 En la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas) y auxiliar de investigación tanto en el Centro de Lenguas Indígenas de mi universidad como en el Centro de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (Caracas).

método. Más tarde en mis estudios de postgrado tanto en Historia como en Antropología,<sup>3</sup> especialmente en el curso de etnohistoria de este último, tampoco vislumbré una explicación satisfactoria.

Percibí, sin embargo, que había una integración de procedimientos, metodologías y conocimientos. Ello, sin duda, me llamó poderosamente la atención. Hoy en día, pienso que esa integración es una de las riquezas más grandes de la etnohistoria. A esta conclusión he llegado al deslastrarme de esa inseguridad del estudiante y del joven investigador, que se acentúa al no encontrar asidero seguro para avanzar en una determinada dirección. No siempre se consiguen tales asideros —esas piedras firmes de los escaladores— y cuando están a la mano quizá el trabajo resulta más estéril y mecánico. En cambio, sin esos asideros el trabajo se torna más creativo.

Siendo que no hay un consenso absoluto entre los expertos sobre lo que es o no es etnohistoria, conviene lograr acuerdos sobre algunos puntos esenciales en este debate y proponer conceptos de etnohistoria y aproximaciones al método etnohistórico, así como explicar las relaciones de la etnohistoria con otras disciplinas de las ciencias humanísticas y sociales.

El trabajo de Trigger sobre la etnohistoria mostró,<sup>4</sup> desde el título mismo, que se trata de una disciplina en construcción; una disciplina armándose; una disciplina en busca de su propia identidad frente a otras. Por eso habló de un edificio inconcluso, aludiendo quizá a la idea expresada poéticamente por Antonio Machado cuando afirmó que “no hay camino, [/] se hace camino al andar”. Es como si la etnohistoria careciera —afortunadamente— de moldes estrechos, como si no tuviera un solo, único, exclusivo y excluyente método, como si lo fuera construyendo. En esto reside la versatilidad de la etnohistoria como enfoque.

Asumiendo estas premisas generales de que se trata de una disciplina plural todavía en construcción, este trabajo plantea algunas cuestiones epistemológicas, metodológicas y éticas sobre la etnohistoria. Su intención no es agotar el debate, sino más bien problematizarlo y enriquecerlo con algunas visiones personales,

3 En la Universidad Católica Andrés Bello y en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, respectivamente.

4 Bruce G. Trigger: “Ethnohistory: the unfinished edifice”, *Ethnohistory*, vol. 33, n° 3, 1986

derivadas –fundamentalmente– de mi quehacer durante los últimos años.

En consecuencia, este trabajo, más que ofrecer respuestas para las tantas preguntas suscitadas o hacer una síntesis erudita de las opiniones de diversos expertos, plantea cuestiones relevantes para pensar y repensar la etnohistoria y el quehacer o trabajo de los llamados etnohistoriadores. Se discuten temas como el puesto de la etnohistoria dentro de las disciplinas académicas; la relevancia de abordarla e increparla analíticamente en tanto disciplina académica, considerando si se trata de un mero asunto terminológico, si constituye sólo una disciplina emergente o si también puede entenderse como una reintegración de enfoques y saberes; la dimensión ética; el problema de las miradas, las preguntas y el sujeto cognoscente. Así, pues, este trabajo es un ensayo de epistemología de la etnohistoria.

### **1. El lugar de la etnohistoria**

Básicamente, la etnohistoria es una disciplina agrupada dentro de las ciencias humanísticas y sociales. Algunos la llamarían subdisciplina, pero no creo que resulte útil enredarse en tratar de dilucidar si es una disciplina o una subdisciplina. También se debe evitar caer en la trampa de resolver si es una ciencia básica o auxiliar de otras tantas. Asumamos la etnohistoria como una disciplina que está a medio camino entre otras dos grandes disciplinas con una larga tradición en el mundo académico occidental: la historia, por un lado, y la antropología, por el otro.

Entendamos por historia una fenomenología o estudio de los fenómenos sociales ya concluidos, es decir, como comprensión del pasado; y por antropología una ciencia muy amplia que, en la tradición norteamericana, luego reinterpretada activa y creativamente en América Latina, abarca la antropología social, la arqueología, la lingüística y la antropología física (es decir, el estudio integral del hombre, de las sociedades, de sus culturas, de sus identidades, de sus recursos culturales –entre ellos, la lengua– y también el estudio del hombre mismo como ser biológico, como ser físico).

La historia, aunque forma parte de las ciencias sociales, generalmente está considerada como una rama de las humanidades. De hecho, en la mayoría de las universidades latinoamericanas, la

carrera de Historia se estudia en las Facultades de Humanidades. Recordemos que ya desde la Antigüedad clásica se la consideraba como una de las bellas artes, en la que consecuentemente la inspiración poética jugaba un papel importante. Clío era la musa de la historia e inspiraba y movía a los historiadores. Durante muchos siglos la historia fue concebida como un discurso a la vez estético y analítico sobre el pasado, sin que un aspecto se dissociara del otro ni se crearan conflictos por ello.

La antropología, en cambio, se agrupa más claramente en las llamadas Ciencias Sociales. En las universidades latinoamericanas la carrera de Antropología, generalmente, está ubicada en las Facultades de Ciencias Económicas y Sociales.

Así pues, la etnohistoria, al asumir y conjugar –combinándolas–, una perspectiva histórica y otra antropológica, hereda una tradición humanística por la línea de la historia y una tradición “científica” de las Ciencias Sociales, por la de la antropología. Esto lleva a la etnohistoria a ser una disciplina “puente”, “nexo”, o “lazo” entre las humanidades y las ciencias sociales, si es que tiene alguna relevancia hacer esa distinción entre ramas afines.

Esto plantea un primer problema que no es fácil de solucionar. La antropología es, dentro de las llamadas Ciencias Sociales, la que más utiliza un enfoque histórico, es decir, toda la antropología se basa en un enfoque histórico: tanto en el sentido de consideración del contexto social de los eventos y fenómenos abordados; como en el sentido diacrónico o de evolución de las sociedades humanas. Desde esta amplia perspectiva, la antropología social, aunque privilegia los enfoques sincrónicos, se beneficia del estudio de los orígenes de los fenómenos, es decir, recurre a la historia para poder explicar el presente. Una parte importante de la producción lingüística es la derivada de la lingüística histórica y la lingüística diacrónica. La arqueología, otra de las ramas de la antropología, estudia el pasado mediante los objetos y restos materiales. La antropología física –también una de las disciplinas antropológicas–, la paleoantropología y la paleontología, estudian los fósiles humanos y los diversos testimonios del pasado de la especie, su evolución y su interacción con otras especies. Por lo tanto, la antropología es una ciencia social eminentemente histórica.

Toda la antropología está impregnada de la historia y de los métodos históricos. Por eso, ante la incomodidad que el término

etnohistoria ha generado, algunos expertos han propuesto denominarla "antropología histórica". Aparentemente esta propuesta ha tenido mucho éxito en contextos académicos. Sin embargo, parece redundante llamarla antropología histórica, porque la antropología en sí misma es histórica. El etnólogo inglés Evans Pritchard afirmó que la historia es el cambio social.<sup>5</sup> Desde su perspectiva teórica (estructuralista y funcionalista), quiso decir que la historia, en último término, es la evolución de las sociedades, la sucesión de los cambios sociales. En este sentido, sugiere que la antropología es una disciplina eminentemente histórica, porque si la antropología, entre sus fines últimos, tiene el estudio de los cambios sociales,<sup>6</sup> entonces estudia precisamente la historia o evolución de las sociedades.

## **2. ¿Una cuestión de terminología?**

El problema de llamar a la etnohistoria de esta manera no es simplemente un asunto de nombre. No se trata de si el nombre de la disciplina debe ser "etnohistoria" o "antropología histórica" u otro más o menos similar: definitivamente va más allá de la mera cuestión terminológica. Considérese, en primer lugar, su objeto de estudio. La etnohistoria se dedica a examinar fenómenos generalmente poco atendidos tanto por la historia como por la antropología; es decir, fenómenos residuales en cualquiera de estas dos disciplinas.

La historia y la antropología pueden ver a la etnohistoria como una disciplina auxiliar (lo cual no la demerita, por supuesto). La etnohistoria tiene como objeto fenómenos por lo general poco visibles socialmente; escasamente documentados y sobre los que no siempre hay muchos testimonios. Estas finalidades le presentan diversos retos a la etnohistoria, para lo cual debe recurrir a la integración de varias disciplinas auxiliares a sí misma como la antropología social, la historia, la lingüística, la arqueología, el folclor,<sup>7</sup> etc.

En síntesis, la etnohistoria estudia fenómenos subalternos o de grupos subalternos, los cuales están condenados a una mayor

5 E. E. Evans-Pritchard: *Ensayos de antropología social*, Madrid, Siglo XXI, 2ª ed., 1978, p. 54

6 Yo añadiría que también las permanencias, que es la otra cara de la moneda, pues no todo en las dinámicas sociohistóricas es cambio.

7 En muchos casos injustamente vilipendiado como disciplina.

invisibilidad social. Tales fenómenos y tales grupos no han sido privilegiados por la historiografía tradicional pero tampoco, paradójicamente, en los enfoques antropológicos más usuales. Por ejemplo, no son muy frecuentes estudios sobre

- (i) el pasado de grupos subalternos;<sup>8</sup>
- (ii) la trayectoria grupos no mayoritarios o minorizados (lo cual es distinto) de una sociedad en un momento dado;
- (iii) problemas relativos a la conformación de la identidad de estos grupos, su cultura y recursos culturales, su continuidad y transformación identitaria, continuidad o pérdida lingüística, cambio de sus usos y costumbres;
- (iv) antiguas manifestaciones culturales a veces catalogadas como "subculturas" (la religiosidad popular en oposición a la religiosidad oficial, la cultura de los adolescentes, la cultura de los homosexuales, etc.).<sup>9</sup>

Se trata de un campo bastante amplio y denominar "etnohistoria" a la disciplina que aborda analíticamente tal amplitud temática conlleva un gran problema. Quizá simplemente se trate de historia social, historia de grupos subalternos, historia de grupos invisibilizados, historia de grupos oprimidos, historia de fenómenos despreciados, historia de fenómenos infravalorados en el imaginario de las élites intelectuales y dominantes (política, económica y culturalmente), o historia del ámbito privado. ¿Existen varios nombres para un mismo tipo de estudio? ¿Varias disciplinas comparten el mismo objeto? ¿O es que acaso la etnohistoria posibilita una aproximación más asertiva debido a la versatilidad de su(s) método(s)?

Por otro lado, también se debe considerar que el prefijo "etno" (proveniente del griego y que significa "raza" o "pueblo") remite principalmente, en el caso de la etnohistoria, a "etnología". Sin embargo, cada vez más (a partir, por lo menos, de la década de 1970) este prefijo ha sido utilizado para hacer referencia a los conocimientos y a los modos de producirlos que tienen los diversos pueblos (generalmente no occidentales). De allí que el prefijo

8 Sean pueblos indígenas, minorías sociales, emigrantes, grupos discriminados por razones de género, etc.

9 Son frecuentes estudios de tales fenómenos en la actualidad, pero no sobre su ocurrencia en el pasado remoto o reciente.

“etno” encierre una visión un poco racista y deslegitimadora, en último término. Por ejemplo, las matemáticas son las matemáticas de la tradición occidental, enriquecida por la tradición islámica y mediterránea, en general, y luego desarrollada en Occidente. No obstante, cabría preguntarse (i) si las matemáticas occidentales son etnomatemáticas frente a las otras matemáticas y (ii) por qué llamar “etnomatemáticas” a las otras.

Aquí aflora un problema derivado de esa chocante presunción de Occidente de que sus conocimientos y sus maneras de producirlos son los únicos válidos. En el caso de la “etnobiología”, ¿por qué llamar a los conocimientos biológicos del pueblo yanomami<sup>10</sup> “etnobiología” y no biología yanomami o biología simplemente? Igual sucede con la biología maya o la biología quechua, respectivamente. Lo mismo también ocurre con la etnoastronomía, la etnozoolo-gía, la etnobotánica, y más recientemente con la etno-etnografía. Los mayas son famosísimos por sus conocimientos astronómicos, entonces ¿es la astronomía maya “etnoastronomía” frente a la astronomía occidental? ¿Cómo se pueden denominar los sistemas cognoscitivos asiáticos? Se habla de medicina china, de medicina tibetana; pero, en cambio, de etnomedicina kari’ña<sup>11</sup> o etnomedicina wayuu.<sup>12</sup>

Se trata de un problema que atañe a la constitución del saber y las relaciones entre epistemología e imaginarios occidentales dominantes. Por lo general, el establecimiento académico occidental se muestra reacio a aceptar o asumir (al menos, con facilidad) las complejas y determinantes relaciones entre poder, racismo, imaginarios y ciencia. Esta última ha sido vista en Occidente como algo aséptico, ajeno a la política, exento de la subjetividad propia el sujeto cognoscente (lo cual es imposible) y separado de sus sentimientos (muchas veces ocultos, como pueden ser el racismo, la xenofobia, la homofobia, el antisemitismo, etc.). Esos sentimientos suelen aflorar de manera subrepticia o lúdica; pero lo hacen y por eso resultan traicioneros. Muchas veces se trata de sentimientos reprimidos, sombras de la personalidad, en el sentido junguiano.

---

10 Pueblo indígena yanoamahablante que habita en Venezuela y Brasil, en las cabeceras y áreas aledañas del Alto Orinoco.

11 Los kari’ñas o “caribes” son un pueblo indígena caribehablante que habita en el Oriente de Venezuela y las Guayanas (Venezuela, Guyana, Surinam y Guayana francesa).

12 Los wayuu o guajiros son un pueblo indígena araguacohablante que habita en el Occidente de Venezuela y el nororiente de Colombia (principalmente en la Península de la Guajira).



Así, pues, llamar "etnohistoria" a la etnohistoria revestiría un gran problema. Sería como desmerecerla, como decir, concediendo, condescendiendo, "bueno... es una historia, pero que, en realidad, es menos historia que la verdadera historia". ¿Es la percepción que tiene un pueblo de su propia historia? ¿Es una visión simplemente "émica"?<sup>13</sup> ¿O es una construcción racista de Occidente?

Desde esta perspectiva, resulta fácilmente homologable al término "prehistoria": anterior a la Historia, escrita con mayúscula para indicar que sería la verdadera. Vista así, la etnohistoria —en la doble acepción de acontecimiento(s) y conocimiento(s) de esos acontecimientos(s), de fenómeno(s) y fenomenología(s)— parecería menor a la historia, también en una doble acepción.

Si "prehistoria" alude a todos los acontecimientos anteriores a la invención de la escritura (¿y a qué tipo escritura?, valdría la pena preguntarse), "etnohistoria" sería algo francamente menor que la verdadera historia. Equivaldría a una suerte de "historia étnica" (o grupal), es decir, se crearía un campo semántico de una historia con menos relevancia que la de las élites dominantes y sus imaginarios.

Uno de mis profesores más brillantes de la Maestría en Historia, ante mi insistencia en especializarme en etnohistoria, siempre me decía: "dedícate a algo más útil". Creo que me aconsejaba con mucho cariño, como queriéndome decir: "tú, que tienes facilidad e interés para estudiar Historia, estudia algo que valga la pena. No te desperdicies estudiando eso que llaman vagamente "etnohistoria" y que, a final de cuentas, es estudiar algo sin valor ni interés". En esta percepción emerge la idea de que la etnohistoria aborda fenómenos irrelevantes y que como disciplina tiene en sí misma poca relevancia, lo cual reforzaría el propio nombre de la disciplina ante los no-etnohistoriadores, aunque sean expertos en otras áreas.

Como se ve, no se trata de una mera cuestión terminológica. La denominación en sí misma tiene implicaciones mayores que se deben saber interpretar y desmontar para poder comprender a cabalidad el quid del asunto.

<sup>13</sup> En antropología se utiliza "etic" para aludir a una visión desde afuera (proviene del análisis fonético, *phonetic* en inglés) y "emic" para aludir a una visión desde adentro (proviene del análisis fonológico o fonémico, *phonemic* en inglés). De allí la oposición "etic"/"emic" ("ética"/ "émica").

### **3. ¿Una disciplina emergente o una re-integración de enfoques y saberes?**

La etnohistoria parecería un edificio en construcción. Yo diría que es un inmenso y hermoso laberinto, cuyos hilos aún no han sido tendidos para salir fácilmente de ese entrecruzamiento de pasadizos curvos e inestables. Se espera a alguien (un héroe fortachón, valeroso, decidido e inmensamente inteligente) que, como en la mitología griega, desoville el hilo y se atreva a internarse en las lobregeces del laberinto, mate al monstruo –posiblemente de mil cabezas– y sus pasos no se pierdan luego, una vez victorioso. Ni el hilo de Ariadna ni Teseo han existido para la etnohistoria y quizá nunca existan, o el Dédalo creador del laberinto haya sido esta vez más listo que en el laberinto cretense y el Minotauro seguramente ha de vivir por mucho más tiempo y sus víctimas no encuentren un liberador. Por eso tal vez haya muchos enfoques dentro de la etnohistoria misma.

Personalmente, veo la etnohistoria no sólo como una disciplina emergente que lucha por asegurarse la delimitación de su objeto de estudio y principalmente por consolidar su(s) metodología(s). Esta(s) última(s) no solamente deben ser versátil(es) y adaptable(s) a los problemas abordados, sino que además precisa(n) de la integración de enfoques, saberes, conocimientos y tradiciones diversas (académicas o no).

Es necesario, en el camino de la etnohistoria, estar consciente –y asumirlo plenamente– que muchas veces se habrá de echar mano de los aportes de la historia, la antropología, la lingüística, la filología, la arqueología, el folclor, la sociología, la ecología, la geografía, la economía, la psicología social, etc. También, en algunos momentos, será necesario apoyarse en los conocimientos que –a falta de otro(s) nombre(s)– bien se pueden llamar “tradicionales” de un determinado pueblo (historia sagrada, mitos, leyendas, sistemas de clasificación, etc.).

Ante recientes descubrimientos, como el del Hombre de Java que sería un tipo de *homo* de muy baja estatura y distinto al *Homo sapiens*, se ha puesto en cuestionamiento esa visión de que las criaturas mitológicas y, por lo tanto, eventos mitológicos, son solamente invenciones colectivas o metáforas sociohistóricas. Es muy probable que esas metáforas tengan bases históricas muy reales,

sólo que los conocimientos actuales resultan limitados para hacer las debidas correlaciones.

Para delinear la etnohistoria será importante entonces tener presente –y resaltarla en sí misma, valorarla– la necesidad de integrar enfoques, saberes, conocimientos tradicionales y populares. Se trata de conocimientos muchas veces catalogados de “empíricos” por carecer de una base experimental (“científica”), razón por la cual son despreciados.

Adicionalmente (y es algo que también se debe entender adecuadamente para evitar un matiz peyorativo), la etnohistoria podría ser una disciplina puente en esa re-integración de disciplinas que está ocurriendo en la tradición occidental. A partir del siglo XVIII, las llamadas ciencias sociales comenzaron a separarse de la Filosofía en tanto disciplina que intentaba no solamente especular sobre el hombre y las razones últimas, sino que también explicaba la sociedad. De allí se fueron desprendiendo la economía, la sociología, la psicología, la lingüística, la antropología y las disciplinas humanísticas y sociales, en general. Sin embargo, esas mismas disciplinas que se separaron cada vez más tienden a re-integrarse porque el ser humano, el ser social –ese ser político, ese animal político, que señalaba Aristóteles– es integral. En pocas palabras, cada vez más las propias disciplinas académicas están tendiéndose puentes mutuamente.

Por ejemplo, se habla de “psicohistoria” para nombrar un enfoque psicológico de la historia, y de “sociolingüística” para señalar un estudio social de los hechos del lenguaje. Incluso se habla de “político-sociolingüística” para decir que es un análisis sociopolítico de fenómenos lingüísticos y sociolingüísticos. También se observa el caso –quizá al borde de lo humanístico y social, pero sin salirse de este amplio ámbito– de la “psico-neuro-inmunología”, una perspectiva curativa o médica en la que intervienen –con una visión un poco más humanista que biológica– la psicología, la neurología y la inmunología. Otro caso es el término de “ecología cultural” para referirse a un enfoque ecológico pero que enfatiza más lo cultural. En el ámbito de la historia están los términos de “historia social”, “microhistoria”, “historia local”, “historia regional”, y, aunque quizá en otro ámbito, “historia de las ideas”, “historia de las mentalidades”, etc. Dentro de la arqueología está la “arqueología histórica”, para referirse a la arqueología de los periodos en los que hay información escrita, y la “etnoarqueología” para referirse

a aquellos enfoques en los que la etnología y el estudio etnológico de poblaciones actuales pueden alumbrar el estudio de fenómenos o problemas arqueológicos. También se habla de "arqueología rural" para hacer referencia a estudios arqueológicos en ámbitos rurales.

En los ejemplos anteriores se puede advertir una tentativa de re-integración de enfoques y saberes, de perspectivas teóricas y metodológicas, de combinación dinámica de disciplinas. Es como si las ciencias humanísticas y sociales lucharan cada vez más por volver a unificarse. Parece que recurren a la transdisciplinariedad en vez de trazarse fronteras rígidas y excluyentes para comprender la naturaleza integral del ser humano y de sus actividades en sociedad, sus producciones culturales (materiales, organizacionales, afectivas, ideológicas, simbólicas, lingüísticas, etc).

Obviamente esto no quiere decir que se desdibujará el objeto ni los métodos de las disciplinas involucradas, sino que se integrarán. Habrá también zonas de claroscuro (en las que los objetos no estarán tan claros) y zonas en que necesariamente se requerirá de integraciones metodológicas para posibilitar abordajes integrales de los fenómenos. Es una de las ideas básicas de la transdisciplinariedad: no se trata de enfoques interdisciplinarios (inter en el sentido de dos disciplinas que estudian un problema) ni multidisciplinarios (en el sentido de muchas disciplinas que se unen para estudiar un problema). Determinados problemas o fenómenos requieren enfoques francamente transdisciplinarios sin fronteras rígidas.

De pronto el analista está haciendo filología; de pronto, arqueología. Luego incluye conocimientos tradicionales y folclor, y vuelve a la antropología social y después a la historia, etc. Esto, de suyo, necesita también de profesionales altamente capacitados, pero sin sesgos teóricos (y metodológicos) excesivos. Estos últimos siempre existirán, pero no deben privilegiarse las gringolas teóricas, las metodologías mecánicas ni las vías preestablecidas para arribar al conocimiento. De allí la idea de la versatilidad en los enfoques. Creo que este problema aflora con claridad cuando a los etnohistoriadores nos pregunta alguien no versado en nuestro oficio que qué hacemos. No resulta tan fácil formular una respuesta sencilla y explicar exactamente —con pocas y persuasivas palabras— qué es lo que uno hace. Aunque obviamente sepamos lo que hacemos,

resulta difícil decirlo en términos absolutamente claros, convincentes y, sobre todo, sintéticos.

#### 4. *¿Un simple quehacer académico?*

Un aspecto importante es el relativo a la formación del etnohistoriador en tanto sujeto cognoscente. Dada la amplitud y naturaleza de la disciplina, el etnohistoriador requiere de una formación amplia. Además de sólidos conocimientos teóricos y metodológicos sobre historia y antropología, el etnohistoriador necesita nociones de lingüística, folclor, sociología, psicología social, literatura, análisis literario, análisis mitológico, análisis simbólico y otras disciplinas conexas. Adicionalmente debe tener la versatilidad necesaria para integrar conocimientos y metodologías.

Por si fuera poco, también hay un problema ético. Este último se expresa en la cuestión de que si es un simple quehacer académico hacer etnohistoria (valga decir, historiar procesos sociales, culturales, simbólicos y lingüísticos de grupos subalternos, despreciados, excluidos, oprimidos, minoritarios o incluso mayoritarios pero minorizados en el imaginario social de las élites dominantes). Un investigador dedicado a analizar dichos procesos puede limitarse a un estudio académicamente aséptico y concluir que en efecto ha habido desprecio, racismo, olvido(s), infravaloración. No obstante, tales estudios pueden —o deben— generar un compromiso con los grupos sociales olvidados, marginados, excluidos, minorizados, etc.

He ahí un problema de compromiso con los grupos estudiados. Se trata de un dilema ético que generalmente lleva a muchos investigadores a plantearse líneas de investigación no sólo en base a presupuestos e hipótesis teóricas o con fines puramente académicos (válidos en sí mismos).<sup>14</sup> La comprensión de fenómenos poco valorados puede contribuir a explicar tanto sólo matices, como aspectos fundamentales de la historia de una región, una localidad, un país entero, o incluso un continente como América Latina.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Algunos de estos fines pueden ser avanzar en las carreras académicas o en la prosecución de estudios; hacer trabajos de grado o tesis doctorales; elaborar publicaciones; etc.

<sup>15</sup> De los tres formantes socio-culturales básicos de América Latina, dos (el amerindio y el negro africano) han sido sistemáticamente negados por las élites dominantes de orientación europeísta (sobre esto ver Horacio Biord C.: "La angustia de ser otro, reflexiones sobre el componente cultural indígena de América Latina", *Anthropos. Revista del Instituto Superior Salesiano de Filosofía y Educación*, n° 25, Los Teques, 1992).

Las élites académicas (imbuidas a su vez por sesgos sociales, ideológicos, teóricos y de clase) han enfatizado el estudio de grandes procesos (que bien pueden denominarse macro procesos) e incluso de fenómenos pequeños o microfenómenos valorados socialmente pero que encubren otros ocultos o profundos.<sup>16</sup> Por el contrario, han despreciado como objeto de estudio fenómenos subalternos considerados irrelevantes. De esta forma, se ha llegado a conclusiones distorsionadas y a visiones desfiguradas sobre las realidades sociales de América Latina, la cuales resultan inadecuadamente entendidas y comprendidas. Esto acarrea sesgos y silencios en los estudios académicos y equivocaciones lamentables en los discursos y las praxis de los dirigentes políticos y planificadores de los estados.

En la coyuntura de la doble oposición bipolar Norte/Sur y globalización/particularización, el caso de América Latina luce especialmente interesante. Por un lado, se ve sometida a la tensión entre el Norte estructural (constituido por los países ricos e industrializados) y el Sur estructural (constituido o integrado por los países pobres y subdesarrollados) y, por el otro, a la otra gran tensión entre la globalización y la tendencia hacia lo particular.

El Norte estructural trata de manipular y de conducir el proceso de globalización en detrimento del Sur estructural y sus intereses. Esa oposición antagónica entre globalización y particularización le otorga una mayor relevancia a este tipo de reflexiones. Como parte de la particularización (es decir, lo opuesto estructuralmente a la globalización), cada vez más se observa el resurgimiento, redefinición, revitalización y reconstitución de identidades étnicas, locales y regionales, así como de grupos oprimidos, minoritarios y minorizados. En América Latina resaltan los indios; los negros; los llamados indios genéricos; poblaciones campesinas o grupos regionales con identidades históricas, no solamente anteriores a la fundación de las repúblicas hispanoamericanas, sino basadas en antiguas dinámicas de la época colonial construidas, a su vez, sobre bases prehispánicas.

En este tipo de fenómenos, en el que el sujeto resulta oprimido, la etnohistoria tiene un papel relevante para contribuir a explicar cabalmente las situaciones, problemas y cuestiones planteadas.

<sup>16</sup> Un ejemplo importante de estudio de fenómenos ocultos o profundos es la discusión presentada por Guillermo Bonfil Batalla: *México profundo. Una civilización negada*, México, Secretaría de Educación Pública/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987

A veces acontecimientos de determinados países (incomprendidos tanto por ciertos sectores de la opinión pública como, incluso, por algunos analistas sociales)<sup>17</sup> están relacionados con esos aspectos pocos conocidos de la historia, es decir, con fenómenos a los que la historia académica le ha prestado poca atención o que, aunque esbozados en algunos estudios de corte etnohistórico, sus resultados no siempre fueron considerados como relevantes. Un ejemplo de esto es el papel de los indios y de las sociedades indígenas en los nuevos escenarios políticos.

Pareciera que la globalización es sólo homogenización, pero su opuesto estructural es el fortalecimiento de las identidades. En efecto, en las complejas dinámicas sociales globalizadas actúan diversas y múltiples variables que, al conjugarse, generan también diversidad y multiplicidad de situaciones que la etnohistoria debería considerar y estudiar. Así pues, el etnohistoriador no es un simple investigador ni un observador privilegiado de las profundas y complejas realidades sociales, sino también alguien a quien como sujeto cognoscente se le pueden plantear agudos dilemas éticos. Entre éstos, resalta el producir conocimientos solamente para la academia o también para los pueblos, para los grupos sociales o para la gente: rescatar la historia y la memoria histórica.<sup>18</sup> Muchos de estos agregados sociales necesitan rescatar su identidad y su memoria; redefinirse socialmente; revitalizar su cultura o su idioma; reapropiarse de conocimientos y tecnologías; etc. Con frecuencia también necesitan del apoyo de los expertos para enfrentar asertivamente procesos de los que ellos mismos han sido víctimas (entre otros efectos, invisibilizados, despreciados, excluidos, expropiados, etc.).

### **5. ¿Y las miradas? ¿Y las preguntas? ¿Y el sujeto cognoscente?**

Una de las grandes premisas de la ciencia es su universalidad. Sin embargo, tal premisa puede ser cuestionada, en parte, por las inequidades de los contextos y las condiciones sociales de la producción científica. Quizá sea fácil para un académico de un país

<sup>17</sup> Es el caso, por ejemplo, de lo vivido por México en la década de 1990 con la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y sus reclamos de una transformación del estado mexicano o por diversas repúblicas suramericanas, entre finales del siglo XX e inicios del XXI, para modificar las estructuras institucionales y las políticas públicas a fin de otorgarle una mayor participación social a grupos excluidos (indios, negros, pobres).

<sup>18</sup> En el sentido utilizado por Bernard Lewis: *La historia. Recordada, rescatada, inventada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984

del Norte ocuparse, como de reflejos observados en la lejanía del horizonte, de fenómenos residuales de países del Sur. En contraposición, tal vez no le sea tan fácil ocuparse de los propios problemas de su país de origen, es decir de fenómenos similares que ocurren a su mero lado, que los involucran.

Generalmente, los académicos de los países del Sur no siempre logramos estudiar fenómenos ocurridos más allá de nuestras fronteras.<sup>19</sup> Además los propios problemas sociales de nuestros países y regiones de origen están en ebullición y resulta acuciante darles respuestas. Esto nos lleva entonces a dirigir miradas y hacernos preguntas que nos involucran, de muchas maneras, con esas mismas miradas e indagaciones, así como con las sociedades y grupos sociales por estudiar. En consecuencia no son lo mismo las preguntas que se hace un etnohistoriador latinoamericano sobre sus propios problemas, que las preguntas que etnohistoriadores de afuera se hacen sobre esos mismos problemas latinoamericanos. No se trata de que estos últimos no lo puedan hacer, ni de que no sea importante que lo hagan, ni de que no enriquezcan el debate y la teoría cuando lo hacen, sino que hay una diferencia: el involucramiento. La idea, derivada de la supuesta objetividad de la ciencia, de que el sujeto cognoscente no está involucrado en lo que hace, simplemente es un absurdo. Proviene de una asunción positivista, felizmente superada en el sentido de que no debe ser óbice para no involucrarse o, mejor, para no estar consciente de esa manera de involucrarse. Obviamente el sujeto cognoscente está involucrado, especialmente en las disciplinas sociales. ¿Cómo un etnohistoriador no va a tener en cuenta sus propias creencias sobre racismo, género, construcción de identidades, desprecio social, exclusión, intereses de clases, e incluso sobre endorracismo, etc.?

Sería como pedirle que dejara de ser persona humana y que fuera una computadora independiente para estudiar un fenómeno. Aun así, las máquinas necesitan de la inteligencia humana. No son una inteligencia artificial, autorreferente y autárquica que puede trabajar sin el hombre por detrás, sin esa inteligencia humana que la maneja. Así pues, la etnohistoria, vista desde América Latina, plantea problemas específicos que nos llevan a los etnohistoriadores a trazarnos metas y proyectos que probablemente no coincidan con los delineados en los centros dominantes del quehacer

---

<sup>19</sup> Por una cuestión de acceso a recursos de todo tipo (económicos, logísticos, hemerobibliográficos en su más amplio sentido, etc.).



académico en el mundo. Con esto tampoco se está excluyendo la posibilidad, obvia y teóricamente probable, de que en esos centros de poder del Norte haya personas con sensibilidad para acercarse de manera asertiva a estos tipos de problemas.

Sin embargo, se debe enfatizar que hay preguntas y miradas propias. En ese sentido, se puede hablar de una etnohistoria latinoamericana como manera específica de conocer. No sería una etnohistoria de cada país,<sup>20</sup> lo cual también es posible, sino latinoamericana, en general, dado que los latinoamericanos compartimos aspectos importantes sobre nuestros orígenes sociales, culturales y lingüísticos; conformaciones republicanas; situación en el mundo.<sup>21</sup> Es además una situación estructural compartida por los países del Sur (las situaciones colonial, neo-colonial y postcolonial).<sup>22</sup> En todo caso, existe una situación estructuralmente similar que nos puede llevar a plantearnos preguntas específicas. De allí que podamos hablar de una etnohistoria latinoamericana y de una etnohistoria que necesariamente tiene que delinearse directamente en América Latina con, desde, para y por América Latina. En este sentido, volvemos a la idea de la etnohistoria como una disciplina-puente, como una disciplina prepositiva, como una disciplina auxiliar de muchas de otras disciplinas, pero que, a la vez, como muchas otras disciplinas auxiliares, es una disciplina autónoma en sí misma. Se trata de una relativa autonomía debido a la transdisciplinariedad que caracteriza el auxilio entre disciplinas hermanas. Adicionalmente se debe tener en cuenta el perfil todavía en construcción de la etnohistoria como una disciplina sin olvidar que sus resultados pueden tener una alta aplicabilidad social.

## 6. Reflexión final

A lo largo de esta reflexión he planteado diversas cuestiones acerca de la naturaleza gnoseológica de la etnohistoria. Varios asuntos quedan como aspectos pendientes. Quizá, entre los más

<sup>20</sup> O etnohistoria "nacional".

<sup>21</sup> Esto con independencia de si somos hispano-parlantes o luso-parlantes. También incluiría gran parte de lo que se llama el Caribe (como si América Latina y el Caribe fueran dos cosas distintas y el Caribe no fuera parte de América Latina), que comprende grupos anglo y franco-parlantes y hablantes de holandés.

<sup>22</sup> Aquí entramos en un debate: si estamos en una era postcolonial o no, o en qué sentido, o postmoderna o post-industrial. Sobre esto ver el esclarecedor análisis de Enrique Dussel: *1492. El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del "mito de la Modernidad"*, La Paz, Plural Editores y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Mayor de San Andrés (Colección Academia, n° 1), 1994

resaltantes, están las cuestiones acerca de si se trata de una disciplina en sí misma o un método que puede ser apropiado por diversas disciplinas.

En cuanto a la primera cuestión, se debe enfatizar que de ser una disciplina autónoma –opción por la que me inclino– estaría todavía en una fase de cristalización epistemológica o de construcción disciplinaria así como de deslinde de la historia y la antropología. Éstas serían las disciplinas madres de la etnohistoria. Por otro lado, parece menos probable que se trate de una subdisciplina de alguna de las dos disciplinas-madre antes citadas.

La etnohistoria parece constituirse cada vez más como una disciplina autónoma e independiente y a la vez auxiliar de muchas otras, como le ocurre a otras disciplinas de las ciencias humanísticas y sociales (sin que ello implique demérito alguno para cualquiera de ellas). En cualquier caso, también resalta el carácter transdisciplinario del método etnohistórico.

La etnohistoria posee –y lo ha ido afinando cada vez más– un método propio que refleja, a su vez, la actual tendencia general de las ciencias humanísticas y sociales hacia la integración de conocimientos y enfoques. El crecientemente sofisticado método de la etnohistoria permite reconstrucciones parciales o totales de fenómenos no sólo escasamente documentados, sino también considerados poco relevantes por los historiadores e incluso por muchos antropólogos. Estos fenómenos pueden caracterizarse de subalternos bien en razón de que son despreciados como objetos epistemológicos válidos por diversas disciplinas, bien porque sus protagonistas son grupos sociales subalternos.

Finalmente se debe enfatizar que el estudio de fenómenos sociales subalternos de América Latina por parte de investigadores de esta macro-región ha ido contribuyendo a delinear una etnohistoria latinoamericana. Este matiz regional podría en los próximos años ir adquiriendo mayor solidez sin que ello obste para su universalidad. Consolidar la etnohistoria latinoamericana constituye, pues, una tarea pendiente y un anhelo de muchos etnohistoriadores latinoamericanos, es decir, un plan estratégico para el futuro.